

ALFONSO GUERRA: LA CULTURA COMO EXABRUPTO

PIENSO servirles durante este verano algunas reflexiones sobre cultura y política. Iba a empezar en serio; pero no me dejan, hoy, Pedro Rodríguez ni Alfonso Guerra. Pedro, que viene de vivir unas noches dantescas durante la innecesaria agonía de Arriba, sigue viendo visiones en mi actividad parlamentaria; donde formulo preguntas y enmiendas desde la cultura y no desde la política; porque mi desacuerdo con el actual ministro de Cultura, como sucedía con el anterior, es normal en un partido democrático; y ni siquiera empaña la amistad porque se propone con nobleza, a cara descubierta, y en la misma línea fundamental. De esta forma colaboro con el ministro por vía de sugerencia y estímulo; soy un profesional de la cultura y un militante de partido; ésta es mi síntesis, y la ejerzo. Lo de Alfonso Guerra es más grave, dentro de la amabilidad; tanto que me obliga a iniciar estas reflexiones político-culturales por la catarsis, y no por el clamor de las antorchas; por Aristóteles y no por Esquilo, que bastante Esquilo se nos ha colado en la Comisión Constitucional.

Les extrañará, pero Alfonso Guerra, en el fondo, me cae bien. En la página 28 de la edición del viernes, 22 de junio, de un diario de la mañana fácil de adivinar, Alfonso Guerra dice bastantes tonterías; pero se le escapan, también, algunas cosas sensatas. Por ejemplo, su crítica a la ridícula teoría del reflejo, que él cree no marxista, aunque es marxista pura; por ejemplo, su desautorización a los socialistas cerriles de Figueras por querer cambiar de nombre, de acuerdo con un viento de la Historia particularmente imbécil, a la plaza de Gala y Dalí. Consumido tan rápidamente su cupo mensual de sensatez, el señor Guerra se lanza a improvisar. Abróchense los cinturones, por favor.

De momento arremete contra los dos primeros titulares de la cartera de Cultura. «La cartera —espeta— la han llevado dos personajes de contracultura, o, mejor, de anticultura.» Descartado de forma tan racional y elegante el presunto adversario, el señor Guerra —«que confiesa estar en contradicción consigo mismo porque lo suyo es la cultura» (y tiene razón; el señor Guerra es la prueba más clara de la tesis de UCD propuesta por mí en el sentido de que cultura y educación son dos realidades diferentes)— propone su alternativa y, en primer lugar, declara que su partido no sabe qué hacer con la cultura: «Plantearse —dice— desde un partido político la actividad cultural o mejor lo que se llama la vida cultural de un país es un proceso que lleva a la frustración.» Pero

como la tesis resultaba hiriente incluso a sensibilidad cultural tan tolerante como la suya, el señor Guerra nos propone, después de la tesis, la antítesis, en pura racha hegeliana; y pone como ejemplo de política cultural «con interés, diría yo, antropológico», que la agrupación socialista de Chamartín repartió varios premios culturales a participantes no socialistas. Y después de transcribir la general sorpresa que provocó tan antropológica actitud, el señor Guerra, dialécticamente imparable, formula su síntesis cultural: «Pues bien; yo creo que por ahí van las cosas: por el apoyo a la producción cultural de calidad, venga de donde venga.»

No consta que don Alfonso Guerra haya escrito libro alguno; sus garantías culturales provienen —se dice— de haber dirigido un grupo teatral justamente llamado Esperpento, y lo que me parece más extraño, una librería; porque algo se pega de convivir con los libros, aunque se lea más bien poco.

El señor Guerra no tiene la menor idea de lo que es la contracultura, actitud anárquica nacida en el seno de una inflexión cultural; ni de lo que es la anticultura, aunque por sentido político, que no cultural, la haya detectado, sin saberlo, en sus compañeros de Figueras. Los señores Cabanillas y Clavero han propuesto una política cultural discutible, pero una política cultural como una casa; el señor Guerra debería meditar a fondo esas propuestas antes de desbarrar groseramente sobre ellas. Pero en fin, el nombre de la librería del señor Guerra —me dicen— es Antonio Machado; el señor Guerra se declara, con pasión, especialista máximo en Machado. Dice que Machado es suyo. «Y le he estudiado —recalca— no académicamente, sino vitalmente, en los textos y en la vida. En 1975, por ejemplo, me fueron prohibidas doce conferencias sobre él.» Y en pleno arrebatado machadiano cita los versos célebres: «Con tres heridas vengo: / la de la vida, / la del amor, / la de la muerte.»

La verdad es que quien sabe de versos en la UCD es Paco Fernández Ordóñez, que ahora va por los clásicos chinos; pero esta vez no he necesitado consultarle, aunque lo mío es Homero, y en concreto el canto XIII de la Odisea. Porque aun sin conocer a Machado tan hondamente como don Alfonso Guerra, confieso que tales versos, admirables, me sonaban; pero no así, ni como de Machado. Me sonaban así: «Con tres heridas yo; la de la vida, la de la muerte, la del amor», y es que la métrica no debe reñir con la política. Pregunté a mis amigos de la UCD soriana, que ya habían descubierto el gazapo, pero no se decidían a presentar una interpelación, porque en el fondo Machado no quedaba mal con esos versos admirables. Rebusqué un poco por mi biblioteca, fresca de colocación reciente en esas semanas. Encontré los versos, no faltaba más, gracias a la ayuda de mi hija Mercedes, que los recordaba de una canción de Serrat. Ahí tienen la cita: Obras completas. Ed. Losada, Buenos Aires, 1960, página 364. Ahí están, en transcripción correcta, los versos mal citados por don Alfonso Guerra. Pero la equivocación de orden no es grave. Lo malo es que el autor de esas Obras completas y de los versos no se llama Antonio Machado, sino Miguel Hernández.—Ricardo de la CIERVA. (Envío.—A Ciriaco de Vicente, sin embargo.)